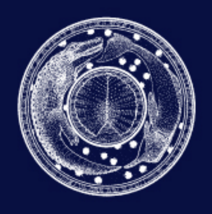
Jacqueline Goldberg

Postales Negras



Ediciones
SOCIEDAD DE AMIGOS DEL SANTO SEPULCRO
San Fernando de Apure
2011



JACQUELINE GOLDBERG

POSTALES NEGRAS

Diseño de viñetas

Majín †

Dibujo de viñetas

Morella Fuenmayor †

Corrección

Alberto Márquez

Diseño gráfico

ABV Taller de Diseño, Waleska Belisario

Preprensa e impresión

Editorial Exlibris

Depósito legal

lf25220118002004

ISBN

978-980-12-5127-9

Ediciones

SOCIEDAD DE AMIGOS DEL SANTO SEPULCRO



Postales negras

Jacqueline Goldberg

Depósito Legal:

ISBN:

JACQUELINE GOLDBERG

POSTALES NEGRAS



Ediciones
SOCIEDAD DE AMIGOS DEL SANTO SEPULCRO
San Fernando de Apure
2011



Una impresión

Evocación de viajera a quien la obsesiona el agua en sus diversas formas es *Postales negras* de Jacqueline Goldberg. Difiere de sus libros anteriores: se halla fuera de los cánones dictados a los géneros, modalidad últimamente muy invitadora, por alguna necesidad puesto que ha surgido. Lleva poesía y prosa mezcladas, pero sobre todo poesía libre o metida en la prosa, a ratos versículos, a ratos cláusulas con mucha tela autobiográfica intercalada de postales que son como el hilo húmedo del narrar, lleno de laconismos y silencios para que se piense sintiendo, también con testimonios del «decir ajeno», pero próximo. El libro abre una puerta al convite de escribir, porque allí parece tan fácil, sin ataduras, sin límites, sin moldes, donde todo puede caber. Creo que va a quemar, a sugerir, a doler, a seducir, a romper. A aguar bocas. A conquistar lectores exigentes, los de noche a solas. Sobra decir que se siente como el momento en que nuestras manos toman suavemente y miran cualquier postal. Leído con lentitud se aprecia más. Es un regusto. Cuesta soltarlo.

Rafael Cadenas

El lugar / el preludio

La silente genealogía

«Tú todavía hablas,
agua, hablas»

Johannes Bobrowski

«Miles han vivido sin amor
nadie sin agua»

W. H. Auden

«En mitad de la vida sucede que llega la muerte
a tomarle medidas a la persona. Esta visita
se olvida y la vida continúa. Pero el traje
se va cosiendo en el silencio»

Tomas Tranströmer

Bosquejos de añoranza

«Una vez escrito, el libro se libera del escritor»

Edmond Jabès

«La sabiduría
consiste en encontrar el sitio desde el cual hablar»

José Watanabe

«La felicidad, es lo mismo que decir un poco muerta.
Un poco ausente del lugar donde hablo»

Marguerite Duras

«Escribir para desaparecer, para ausentarse»

Enrique Vila-Matas

Poesía

«hace
falta
mucha

desesperación

insatisfacción

y
desilusión

para
escribir

unos
pocos
buenos
poemas

no todo
el mundo
puede

ya sea

escribir-
la

o siquiera

leer-
la»

Charles Bukowski

El lugar del atisbo

El antedecir de un hallazgo

Antes de las postales nada había.
Si acaso imágenes de escombros, parques, sentencias de exagerado verdor. Visiones coleccionadas con el desgano de quien nada atesoró jamás y se obliga de pronto a seriar un afán. Se añadirían muñecas de porcelana, mapas, cajas de té. Glosario de objetos que mientan sobre una pasión. Una posible pasión.

Postales colecciona cualquiera.
De ríos,
amaneceres, mortíferas naturalezas.

Tuve postales.
Antes.
De uno que otro escollo adormecido.
De ciudades que debían perdurar a la fuerza.
Eran tarjetas hermosas. Eso sí. De las que hacen suponer una templanza, un refinado gusto. Una pasión.
Adquiridas sin método, sin ansias de conmover. Sin prisa por aludir.
Paisajes que no se posaron en mis ojos más que por segundos.
Retazos de viaje. Solo eso. Para decir que estuve. Alguna vez.
Postales guardadas mil años. Desempolvadas de cuando en cuando por doméstica obligación.

También compendié con desalentada mesura cierto número de postales halladas por mi padre a su llegada a Caracas en 1949. En sus extravíos se topó con una casa a medio derribar y en una habitación el prodigioso botín: cientos de postales que deduzco

resultado de la correspondencia de un par de hermanas, apellidadas Talavera, con desconocidos amigos epistolares. Mucho he usado como seudónimo el nombre de una de ellas: Ignacia Talavera. Me he preguntado quién fue, dónde moriría, cuánto habrá sufrido saber perdidas aquellas tarjetas que hoy me pertenecen. Quizá las abandonó, insensible al maltrecho coleccionismo, como lo he sido yo misma.

Alguna vez intenté reconstruir la historia de aquellas tarjetas enviadas por caballeros que asomaban el interés de una amistad de ultramar, tan propia de la época. Me importaban más los textos exquisitamente caligrafiados en el dorso que las imágenes, casi todas fotografías de apacibles mujeres.

Algunas de esas postales sepia, aún con estampillas y sellos, ornamentan las paredes de mi casa. Las demás, ensobradas en una repisa de la biblioteca, son testimonio de mi no deseo de acopiar eternidades.

No puedo elucidar cómo comencé a comprar las postales de las que aquí hablo.

Fue en París. Verano de 1998.

Justo antes de que todo cambiara.

No consigo dar cuenta de cuándo entendí que todas las tarjetas venían del agua.

Solo las compré.

En variopintos recodos. Librerías. Puestos callejeros.

De noche.

Con desgano.

Me detenía. Hurgaba. Solo había alivio cuando aparecía una imagen de vastedad, un azul, un cierto oleaje.

Agua.

Buscaba agua.

A color o en blanco y negro. En fotografías o reproducciones pictóricas. Con acentos solemnes o torpes.

Buscaba. No con desesperación.
Amortajada por un resquicio de pasión.
Al fin la pasión.
Deseaba apropiarme de una humedad, un surco para convertirme.
Elegía de mí.
Sin importar que alrededor hubiese abetos, siluetas nostálgicas, carruajes, noche.
El tema era el agua. En una gota. Un mar.
A simple vista.
Agua hablando sola. Hablándome.

Quizá ocurrió aquello de las postales y el agua porque yo, en ese verano, venía de las aguas.
Llegué a París tras breves estancias en Brujas, Berlín, Hamburgo y Praga. Ciudades de orillas ensimismadas. Donde cedí a tantos puentes, cauces ajenos.
Ámbitos para retroceder. O despuntar.

No escogí aquella travesía.
A Brujas llegué ciega. Distraída. Pensando que allí todo me sería desconocido y conseguiría diluirme. Estuve apenas unas horas. Entera.
En Berlín me esperaban. Fuimos a Hamburgo. A la casa del principio feliz. Caminamos por hojarasca. Nos sentamos junto a canales espejados. Bebimos cerveza. Dijimos y callamos vértigos. Siempre junto al agua. Me dolían los pies, recuerdo. Hubiese querido nadar.
A Praga también fui conducida. Un mediodía subí a un autobús de turistas. Horas después recorría el río Vltava, su esplendor. Nunca vi ciudad más gloriosa, río más dorado, puentes más exhaustos. Volveré. Un día. Lo sé.

Luego vendría París.
Dos meses en París.
No quise adosarme a rutinas de museo y asombro. No era turista alevosa. Había ido hasta tan lejos para despojarme de una de esas lujosas penas que ocurren cuando una mujer no se permite creer que algún día llegarán la mitad de la vida y también la bofetada de la muerte.
En París me acodé en retazos de parques y cafés.
Recorrí sin prisa casas de escritores. Pequeños santuarios de desvarío.
Fui también a Ille-de-France y a Normandía. Transité las *maisons* de Mallarmé, Flaubert, Victor Hugo, Zola, Dumas y Chateaubriand. Solo hallé templos huraños.
En París compré postales.
En la librería del Museo del Louvre.
En la tienda del Museo de Orsay.
En tinglados del río Sena.
En Pigalle.
En realidad nunca dejé de ser turista. Con despojos y ansias. Obsesiones.
Las postales también eran sometimiento.
¿Las postales o sus imágenes iniciáticas? ¿Las postales o lo que nacía de mi errancia, mi avidez?
Qué importa.
Las postales fueron arraigándose a mi valija, a una futura certeza. A todo lo que nunca había sido.
Aquel coleccionismo de ojos cerrados, de respuestas temerosas, producía una ilusión que me enfilaba por calles apátridas, aceras desmentidas por el frío.
Por las postales recorrí París.
Por París me entregué a la sustancia de impedirme.

Al volver a casa guardé las postales en una caja sobre el estante

más elevado. Alcanzarlas era vergonzoso esfuerzo.
Ciertos domingos volví a ellas, a sabiendas de que jadeaban en su ocultamiento.
Creo en la astucia de los objetos, por eso pretendí que dictaran su letanía, nuestro imposible parentesco.
Pero nunca las imágenes se pronunciaron.
Y las abandoné en su desembocadura, su brecha.
Invoqué otras elocuencias, otros desamparos.
Jamás esas tarjetas calzaron en mi sed.

Tampoco ahora las postales revierten.
Continúan siendo lo oculto y lo fugado.
Pero las miro.
He comenzado a mirarlas.

Les he adjudicado nuevos envoltorios, como si renovar su andamiaje condujera al hallazgo.
Las echo sobre la cama. Propongo un orden. Temas. Colores.
Y una vez más las confino.

Noche. Nadie en casa.
A la luz amarilla las atisbo.
Cuadrícula impenetrable.
¿Mirarlas o verterlas?
¿Conducirlas o adentrarme?

¿Misericordia?
Con ellas y conmigo.
Con ellas porque temo se desplomen de tan guardadas.
Conmigo por pavor a maldecir aquello que de mí pueda descubrir.

Las postales vuelven a su veladura.
Las dejo sobre el escritorio.
Aferradas, se pudren sin que lo note.
Días más. Semanas.
Hay un impedimento.
Me digo «escribe y deletrea tu angustia».
Me digo «no puedes forjar el relato de una imposibilidad».

Nada pasa.
Se fractura la promesa.

Mirar, después de todo, es un desafío.

El agua, su antelación

Después de las postales nada habrá.

Quiero hablar del agua.
Su antelación.

Se trata aquí de agua entrampada.
Ajena a los océanos, los estuarios, los canales bifurcados.
Agua que no susurra, púrpura.

Agua represada en la maraña de unas postales.

Agua que no mana, no se mezcla.
Sangre de un sacrificio del que no nazco ni muero.
Suspendida, carcomida por líquidos todavía innombrados.

Agua que no es.

El agua o el libro

Escribir sobre las postales es escribir sobre una desesperación.

Mi deseo es muy antiguo.
Viene de cuando me indignaban los caudales.
También de mis recientes horas de enferma.

La escritura reordena el cuerpo,
lo corrige, lo borra.

Las postales padecerán mis dolores.
Los que tendré cuando me saquen de mí.
Se acostumbrarán a su nueva infertilidad.
Pero dirán. Por fin dirán.
En ellas remendaré una amatoria sin fugas.
Dedicada al inicio, al devenir de las preguntas.

Habrá un libro. El anhelado.
El de las postales y los artilugios de la claridad.
El que mienta sobre las razones que lo limitan.
Libro último, tan mío y tan de otros. Negro.

Vuelve.
¿El libro?
Su silencio.
¿El libro de las postales?
Nunca el mismo.
El desleído, el incauto, aún no merecedor.

El lugar del ajeno fortunio

Agua de otros

El decir de otros me salvará de acopiar lo más oscuro.
Ácimo sudor, adjetivos acuerpados
que restringirán lo que de catástrofe hay en mi vientre.
Así el lustre del verbo foráneo.

Los amigos, la parentela,
adivinarán cómo se escalona la desidia.
Al menos provendrán de la avidez.
Clarearán el libro de a bordo.
Hablarán.

Solo después cavilaré sobre el cuerpo escapando.
Solicitaré venenos útiles para el lecho.

Solo después, quizá, pueda escribir.



Evariste Vital Luminais, 1880

Les Énervés de Jumièges

(dice Z)

«No sé por qué me gusta esa imagen.
Jamás la había visto.
Es bella, pero no feliz.
No hay placer en flotar, aunque las aguas sean remanso.

Los rostros hablan de una pérdida.

Están tremendamente separados.
No vienen de ningún lado.
Flotan hacia ninguna parte.

No ven horizonte sino deriva».



Eugène Delacroix, 1860

Chevaux sortant de la mer

(dice Z)

«El hombre lucha por recuperar el caballo.

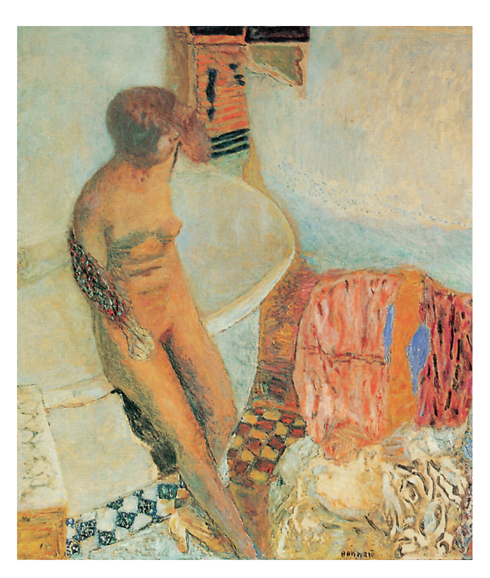
¿Un caballo que busca el agua?

La bestia no viene del agua.
Necesita ser salvada.

Debe volver a la orilla.
No sin lucha.

Quizá se desbocó, huérfana.

Queda el animal de taciturna pelambre.
El agua como equivocación».



Pierre Bonnard, 1931

Nu à la baignoire

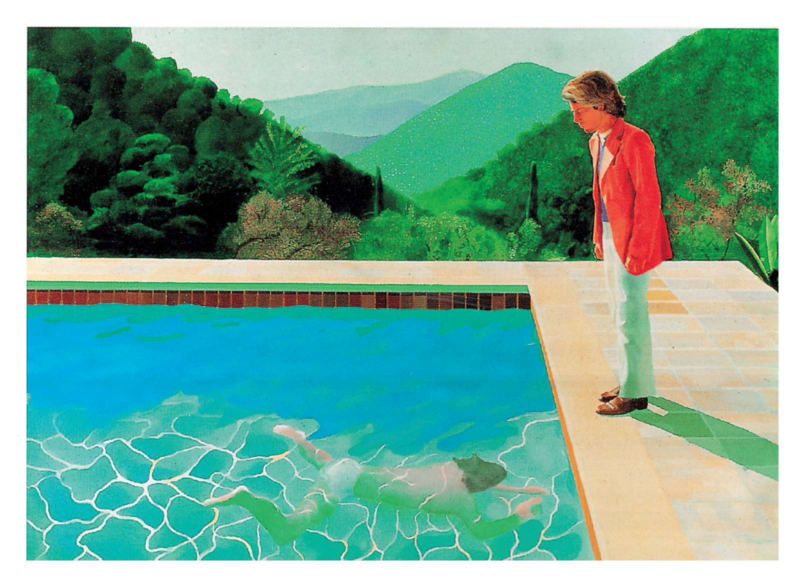
(dice R)

«Es una escena de baño,
pero esa mujer no está desnuda.
No se bañará.

Se muestra,
mira lejos, hacia un vacío, blanco.
Espera.

Llama la atención la mancha que cubre su brazo,
acaso una herida.

El suyo, brazo tomado, escoriado,
hecho puño».



David Hockney, 1971

Portrait of an Artist (Pool with Two Figures)

(dice H)

«Hay una historia de amor,
un abandono.

El que nada ignora que alguien lo aguarda para suplicarle.

Quizá habrá un revés.

Más agua».



Georges Seurat, 1883

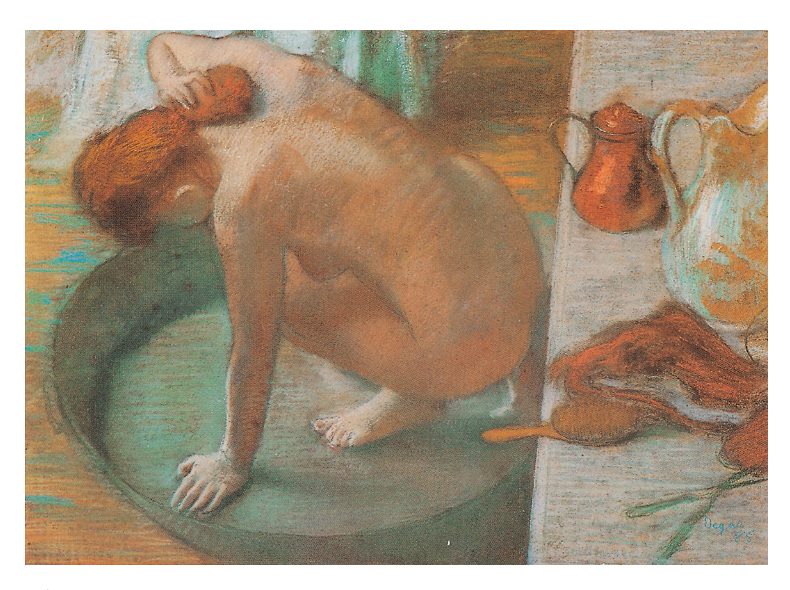
Bagnade à Asnières

(dice A)

«Es domingo.
No hay mujeres.
No hay alegría.
Solo resignación, hartazgo.

Todos buscan.
Miran.
El agua es esperanza.

Lo importante se halla en el horizonte».



Edgar Degas, 1886

Le tub

(dice W)

«No es bailarina,
pero viene del cansancio.

Tomará un baño,
aunque no hay agua.

Su postura es un inapropiado dolor.
Aguarda a otro que no se vierte».



René Magritte, 1948

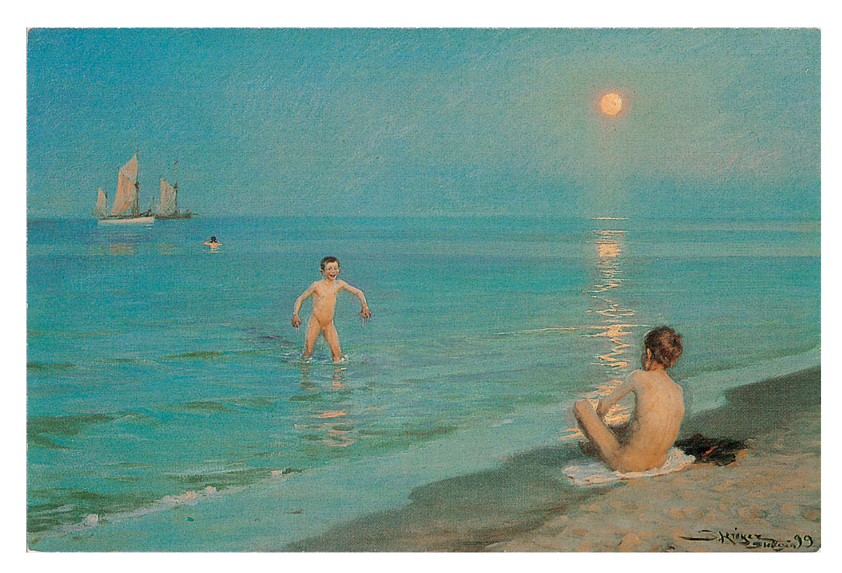
Le galet

(dice W)

«Se siente,
se lame,
se admira.

La lengua arremete con placidez.

Está en un recinto de tempestades contenidas,
donde ocurre la esencia,
el placer.»



Peter Severin Krøyer, 1899

Boys Bathing in the Sea on a Summer Evening

(dice H)

«El goce de cierta inocencia,
la desnudez,
el mar que no hay más allá.

Esos niños escaparon
para bañarse y revertir el verano.
Una complicidad los absuelve de la desnudez.

Tienen el cuerpo de mi hijo.
Eso veo.
No hay signos de otra piel».



Jean-Antoine Watteau, 1715-1716

DIANE AU BAIN

(dice C)

«Plácida esa Diana
que recoge filamentos de sus días tristes.

Quieta en una orilla mínima,
en su desnudez de torceduras.

Viene de una contradicción.

Sus carnes padecen cierta abundancia,
el fin».



Edouard Manet, 1873

Sur la plage

(dice O)

«Piensan en la mar.
Cavilan sobre aguas de invierno,
turbias y abrumadas de barcos.

Oran.
Ella lee, él escucha.
Se acompañan.

Vienen de una tragedia ocurrida cerca del mar.
El mar ahora es refugio».



Winslow Homer, 1890

Summer night

(dice O)

«Sueño de dos mujeres que bailan.
Una en otra. Entregadas.

El mar, negro pero no entenebra.
Pórtico de una pasión»



René Magritte, 1964

La grande guerre

(dice G)

«Qué decir de su palidez,
su cuerpo rígido fuera del tiempo,
sin embargo tan sereno.

Mar de rara finitud,
como de otro cuadro»



Peter Severin Krøyer, 1893

Soir d'eté à la plage

(dice M)

«Hay antaño y presente, pero sobre todo futuro.

La postal recuerda días irreversibles.

El mar: sosegada pregunta sobre el infinito,
estar sin detenerse,
vano límite»



J.M.W. Turner, 1830

Fish seals collect beach of Calais at ebb-tide

(dice M)

«Es la imagen de una dificultad.
Esas mujeres están muy ocupadas en algo absurdo.
No levantan la mirada, jamás sabrán de aquel atardecer.
No se percatan de la naturaleza invadida, desarmada».



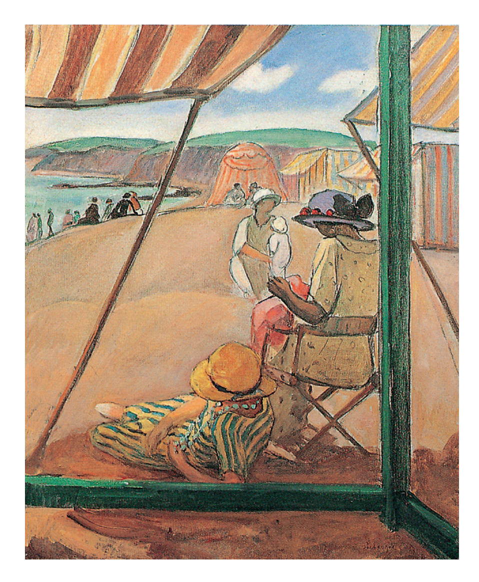
Philip Wilson Steer, 1886-1888

Jeune femme sur la plage ou Jeune femme sur la jetée

(dice M)

«Es temprano.
Hay sol.
Lo sé por el sombrero.

La joven pertenece al lugar,
ha ido a pasear.
Es un día cualquiera.
Lo sé por su forma de sostenerse en el viento».



Henri Lebasque, 1922

La pointe Saint-Gildas

(dice S)

«La familia ha ido a veranear.
La nana borda, la madre abraza.
Un domingo más, de mañana.

No sabemos cómo llegaron.
No hay rostros ni prisa,
solo la imposibilidad de exigir al mar».



Aristide Maillol, 1895

La femme à l'ombrelle

(dice S)

«De nuevo un paseo.
Temprano. Cerca.

Está disgustada,
como si aquel recorrido matinal fuese una imposición.
Sopesa asuntos de un pasado inmerecido,
de soledad y más agua».



Caspar David Friedrich, 1821

Mondaufgang am Meer

(dice S)

«Aguardan a los que hace mucho partieron
y retornan con maravillas de indómitas comarcas.

Con frío. Sobre el musgo.
Solo para decir que siempre supieron
que el viaje se completaría.

Aquella quietud se convierte en añoranza».

El lugar del artilugio

( )

Me extenúa el decir ajeno.
La destreza con la que otros hacen más vertiginoso su repudio.

He preguntado «qué ves».
He preguntado «qué no ves».

Todos han visto. Lo sé. Dicen poco. Avaros, temerosos.

Insisto.
Recrudezco en la petición. Como si llegara la asfixia.

Necesito que digan aquello que no alcanzo.

Mi ignorancia, flor de harina a punto de cuartearse.
Mi deseo, agotador, palabra fallida.
De allí el repreguntar, extraer.

Sé cuán maligna puede ser la ausencia de hallazgo.
Por eso cada día muestro una postal y pido.
Tarde o temprano sucede la frase.
A merced del polvo, sucede.

Escribo por otros que jamás lo harán.
Escribo lo que dicen. Cada día. Al final.

El libro se va construyendo de fracasos.
Todo lo que han dicho es fracaso. Hermoso, sabio, altanero.
No veo poema. Su yugo.
No comprendo el dictado.
Pronuncian en sequía. Para mi remordimiento. Mi tragedia.
Por obligación.

Anoto, me endeudo de agravios.

Agradeceré.
Pediré perdón.
Por lo que digo. Lo que no digo.
La incredulidad.

Las postales tienen su poema.
Su cárcel.
Forjada con lo que otros callaron.
Con la negrura de una vieja sangre.

( )

El insomnio es una forma de culpa.
Uno se siente arrasado por serpientes de agua amarilla.
Uno cree en los tramos.
Despierta juzgando.
Por necesidad. A galopes.

A ratos sueño con las postales. No con las imágenes.
No con sus representaciones.
Sueño con los objetos-postales. Que se extravían.
Que no continúo mi labor.
Que ya nadie las describe.

Pronto vuelvo del remordimiento.
A la mesa donde las he dejado.
Continúan allí. Pero algo en mi deseo se ha enrarecido. El dolor, el conocimiento de ellas.

Siempre hay dolor.
En la escritura.
En la escucha.
Sobre todo en la espera.

Demoran los otros.
Se les dificulta explicar lo que ven.
Quieren pulir sus fieros blancos.
Deletrean sin socorro.

Vigilo que no acusen.
Digo «hablen, nadie lo sabrá».
Pero no entienden el propósito.
La vigencia.

Demoran. Inconscientes de mi furia, mi reverso.
Cuando dicen, he sustituido ya sus pupilas.
No escucho.
En secreto destrozo.
La culpa habrá sido alegato.

( )

Diré cómo fue. Cómo hablaron. Así:

Z estaba sola,
respirando fragores de la calma que no tuvo en todo el día.
Dijo sin atadura. Como si las postales fueran suyas.
Por eso le mostré dos. Y otras.

J no existe. Al menos no en este libro.
Hastiado. Isleño.
Nada dijo. No supo.

G tampoco pronunció.
Se quebró en aguas sin orificio.
A la espera.

R estaba ebria.
De ahí la herida incorporada, el diluirse.

H es tajante. Su verbo refractario.

A tolera lo invisible. Agravado de música.

W es niña replegada.
Ve más. Suspira. Acierta.

H ve lo propio.
El hijo en su belleza escurrida.
La destrucción.

O acaba de superar el pozo.
Atisba desde una plegaria.

O baila paciencias. Conmigo.

G es escritora.
Su habla es impedimento.

M también escribe.
Reniega de toda fracción.

M mira desde la vejez.
Se sabe el mundo de memoria.

S cree que siempre ha visto.
Ventila su cuello sin misiones.

( )

Dije. Casi nada. Rogué pausas.
Vieron rocas, alcatraces, velorios.
Vieron huesos. Más huesos. Restos de sí.
Vieron quietud. Vejez adormilada. Belleza.
Vieron mi mano avanzando.
Vieron por la sien. Por las falanges impedidas.

Mal dijeron. Ora uno. Ora el otro. Al unísono. Desbocados. Coro de maldiciones. Delirio común. Canto improvisado para cambiar lo peor. Cada vez. Hasta decir no. Repitiendo versos ajenos. Ilusión de vaguedad.

Pese a ello hubo una escritura.
La del nunca jamás de los salvados.
Escritura precaria. Que responde sin lugar. De dudas hecha.

Escribo lo que dicen. Aún.
Sin atropellar sus desembocaduras.
Las postales se dejan limar. Escrutadas con somnolencia.
Postales para ya nunca saber.

( )

Quise concluir el tema de las postales. El libro de las postales negras.
Me alejé.
Luego otros indagaron. ¿Continúas? Dije no. Y me perdí.
Regresé. Siempre regreso.
Dejé que la quietud cumpliera su saber. Pero la quietud es una veda. Restringe con diques de bengala. Deja siempre algo en espera. ¿En sus cancelas? En los sitios más terribles. Su blandura. Su ser repleto.

Saber qué piensa el otro. Qué no dice cuando dice. Su lastre.
Saber a dónde conducen los atajos. Este del libro, por ejemplo.
Aquellos que cumplo de reojo, encorvada.

Imploro un saber proscrito. Que no impida. Levedad y mancha. También digno. Vulnerable cuando indique. Donde ya nadie sea ausente.

Saber es dignidad.

( )

¿Qué, cuando acaben las palabras?
¿Cuando enfermen?
Seré yo la enferma.

Habrá insomnio. Mareo. Un poco de ansia.
Suficiente para ese estado de mudez. Con la herida supurando, el mundo deletreándose.
Proseguirá el rodeo. La falla.

( )

Cada poema escrito con lo ajeno:
trastorno,
delito,
alarde.

No hay otro procedimiento. No lo habrá.
¿Engaño o labranza?
Decir será un alivio brutal.

EL LUGAR DONDE HABLO

Les Énervés de Jumièges

Cómo hay hombres propensos a la niebla.
Cómo provienen, cómo son deriva.

Virtuosas sus tristezas,
frágiles los arraigos de fiera.

En esa lápida perseverante,
yo, la renuncia.
Igual lástima.
Enervada y afónica.

Por vaciarme.
Por no legar.
Por mentir.
Por escribir.

Arrojada.
Sin rezos, sin mérito.

Nadie que acompañe.

Chevaux sortant de la mer

Qué se lega a la prole.

¿Una casa?
¿Un caballo?
¿Cadencia para el viaje?

Agrias virtudes.

Un desierto,
pavor nocturno a que la saeta no llague.

Nu à la baignoire

Lo que resta del cuerpo:
edades,
sogas,
impasibles letanías,
callejones,
agua de jabón,
ventiscas.

Portrait of an Artist (Pool with Two Figures)

Quien nada todo lo desconoce.

Quien aguarda en la orilla presume
que sus ropas lo alivian de algo definitivo.

Resisten, limpios de una antigua indefensión.

Bagnade à Asnières

La portentosa huella de las barcazas en el río,
el cuerpo de los niños, atenuado,
el sol en las humaredas.
Todo en la boca que deviene filamento.

Se dice fragilidad.
Se piensa la canción más escondida.

Uno anhela parajes serenos para condonar,
así de suficientes.

Le tub

Nunca el agua desmenuzará las costras
dejadas por amantes, ciudades, espejismos.

La blancura extraviada
jamás será tan blanca como el cumplimiento de su olvido.

Le galet

Hay dos océanos contenidos,
dos tormentas por madurar:
en la bañera,
en la mujer que enceguece.

Fragancias de mediodía.

¿A quién importan?
¿Quién cesa en la ardedura?

Boys Bathing in the Sea on a Summer Evening

Donde el agua recobra cuerpos,
crece una falacia.

Mentimos sobre su derredor,
alcanzamos la piedra sumergida que de nosotros habla.

El frío devora,
insinúa palabras lacayas, convierte.

La mirada cuida aquí su gratitud:
no vuelven los hombres de su arrogancia.

Azul la callada miseria,
la ligereza, la infancia,
el escarmiento.

Diane au bain

Aullido de la bañista equivocada,
cielo esparcido,
agua que no viene de ningún río de ningún mar.

Eso veo.
Profecía para el acallado destino.

Sur la plage

Sería más boca frente al mar.
Más cuello.

Atisbaría de rodillas los barcos
hasta tocar el dañado pecho de los cuervos.

Hablaría sobre olas inútiles,
sus apodos.

Me marcharía de pronto, sin lecturas,
herida por la paciencia de la arena.

Summer nigth

Hablar sin cautela,
mirar sin provocación.

De esta imagen
la futura daga,
lo que insiste y no descifra.

( )

Vestigios que no reconozco,
postales de las que nada consigo decir.

Los verbos desecan,
prosigo a tientas.

Surgen nefastas filiaciones.

Dos lugares extranjeros

Paul Celan desde el Puente Mirabeau

Cielo de otoño. De cobalto.
Así se ve en la fotografía de aquel día.
El esposo quiere visitar la Roche Jeanneret, magnífica dupla de casas que Le Corbusier diseñara en 1923. Pasear por el parque André Citroën. Cenar en La Coupolle. Lo quería todo. De París, en aquel viaje del año 2004, él lo quiso todo.
Yo, en cambio, deseaba la ignorancia. Desconocerme.
El esposo me condujo hacia cada una de las construcciones de Le Corbusier. Las dibujaba, las fotografiaba. Yo aguardaba en un sillón. Leyendo, dormitando. Casi siempre en estado de sumisión.
Mi único anhelo, aunque leve, era atravesar el puente Mirabeau. Sólo para ya jamás saber por qué Paul Celan se lanzó.
—Sería una tarde como esta —dice el esposo.

El puente Mirabeau era inevitable. Debíamos cruzarlo para llegar a la esquina de la avenida Émile Zola —donde vivió Celan— y luego girar hacia el parque.
No premedité aquel encuentro. Había escrito ya sobre el suicidio del poeta.
Solo quería ver. Alguna vez.
No creo en peregrinajes necrológicos. No me importan los lugares del adiós.
Paul Celan fue siempre inevitable. Irreversible.
—Carencia a la que siempre vuelves —dice el esposo.

No negaré la emoción, la helada que se gestó en mis clavículas.
Sentí mareo. Náuseas.

—Será por él —dice el esposo.

Me atraganté apenas vislumbramos el puente.
No lo sabía verde. Majestuosa arcada de hierro, sostenida por diosas atrapadas en sus naves romanas, con antorchas y trompetas.
No lo sabía hermoso.
Seguimos la marcha. Estaba aturdida.
Hubiese querido sentarme.
—¿Te lanzarías aquí? —pregunta el esposo.

Nos quedamos en mitad del puente. Largo rato. Mirando hacia otro puente, el de Grenelle y la Estatua de La Libertad. Veíamos la corriente arrasadora. La misma que se llevó a Celan. Rumbo hacia ningún mar.
—¿Cómo puede alguien suicidarse en un lugar así?.
—Quizá el frío, las edades.
—Más bien la ilusión del desamparo.
—Un dolor.
—¿Nadie lo vio?
—Nadie. No se sabe a qué hora se lanzó, cómo iba trajeado, cuál su rostro.
—Un cadáver más. Donde acaba la ciudad.
—*En la ciudad de París prestó/ el juramento de los gorriones, ninguna/ semilla de veneno sin picar quedó,/ no quedó perdida espina alguna*. Eso escribió Celan en un poema hallado tras su muerte.

Quise huir.
Todavía nos detuvimos unos instantes en la cabecera del puente. Para ver los trenes en la vieja estación. Para la foto y lo demás.

Ya en el parque André Citroën hubo un poco de aliento.
Me senté frente a las fuentes. No sin angustia.
Dejé que el esposo recorriera.
Yo apenas tenía fuerzas para sostenerme en la visión blanquecina del agua.
De nuevo el agua. Su honra. Como envejecida presunción.
Paul Celan lejos. Vuelto premisa. En la vasta lágrima del mar.

Marguerite Duras desde Roches Noires

Trouville ocurrió en el verano de 1998. Gracias a los primos parisinos que sabían de mis lecturas de Marguerite Duras. Justo cuando comenzaba la pasión por las postales. Por el agua y ciertas postales.
No sabía que iríamos. Que podíamos ir.
El viaje surgió de pronto. Peregrinaje.

Había visto el hotel Roches Noires en fotografías.
Lo sabía todo de él.
Sabía que Duras vivió largas temporadas en el apartamento 105, durante las dos últimas décadas de su vida, muy cerca del que ocupó Marcel Proust y que aparece como el «Gran Hotel de Balbec» en la inmensurable novela *En busca del tiempo perdido*.
Sabía, sobre todo, que desde el «pequeño y mundial» balcón de Roches Noires, Duras recuperó la mar de su infancia. La mar cruel que la madre quiso contener. La de la fragilidad. La de la primera pasión.

Buscaba la mar de Duras.
Llegué a Trouville solo porque allí estaría la mar.
A Roches Noires no me dejaron entrar. Ni siquiera pude asomarme a través de los ventanales de la planta baja. Estuvo bien que así fuese. El mito de Duras suponía esa decepción.

Sabía cuál era su balcón. Lo contemplé desde diversos ángulos.
Desde la orilla de la mar. Luego no miré más.
Permanecí frente a la mar.

Horas a tientas en un mar de rara primavera. Cincelado por mandato de una violencia superior.
Caminé por donde debió andar ella. Con ceguera de mediodía innumerable.

Recorrí la playa salmodiada por las tormentas.
Había uno que otro bañista.
Y frío. Recuerdo siempre el frío.
Así es la mar de mi ensoñación. Con montañas y una temperatura que impida.

Está claro que no nombro incandescencias.
Me gustan los cielos encapotados.
La solemnidad de las aguas densas.
Oleajes anunciando un talante.

Trouville casi había desaparecido de mi memoria. No recuerdo ya sus cuestas, ni la carretera, ni el restaurante donde bebimos sidra de Normandía.
Si rememoro Roches Noires es por unas postales que los primos me obsequiaron tiempo después y en las que se ve a Duras en su apartamento. Solo por eso.
Y por la mar. Esa mar de bordes ojinegros.
De péndulos. Borrascas. Escuchas atestados.
Mar que reivindica.

El lugar primigenio

( )

Olvidé que provengo del agua. De un lago. Orilla putrefacta. Hablé de París, Brujas, Ámsterdam, Praga. Dije de una contradicción. Por perverso olvido.

No digo Maracaibo.
No sabría decir Maracaibo.
Pese a tanta agua.
Donde no fui.

Recuerdos hay. Historias hay. La ciudad persiste. De cuando en cuando vuelvo al lago, camino sobre él, lo interrogo desde una terraza.
Pero triunfa un desconocimiento, cierta conmoción.

Los poetas hablan de sus comarcas natales.
No yo.
Los poetas se fracturan el cuello al rebosar la infancia.
No yo.
Los poetas añoran una calamidad.
No yo.

Miedo, se dirá.
Ausencia de deseo, acotaré.

El lugar de las precariedades

( )

La dificultad de la poesía radica en el vientre.
En toda la vejez que cabe en un vientre.

Temprano supe que una masacre me cambiaría la voz,
como ocurre a quienes vislumbran por vez primera la mar:
dulce desquiciamiento.

( )

Presentí el último libro,
abejorro de vuelta,
revelación inútil.

El conocimiento de la desgracia existe.
La armadura quebrada existe.
La espina en la garganta existe.

También la catástrofe
que canturrea con el plumaje herido.

( )

Los extraños previenen sobre sismos ocasionales.

Advierten que la magnitud de la soledad
depende de cuán insuficiente sea la fe.

Y se van.

( )

Codicias,
te exasperas.

Hurgas en una gramática sin azulejos.

Nunca volverá a ti la ciudad de la infamia primigenia,
la mordedura de aquella nieve de la segunda vez.

Nunca más serás el incesante.

Un limonero crecerá de bruces
en la cuesta de tu cimiente.

Así la riña,
la clarividencia que no tienes,
la belleza que jamás te alcanzará.

( )

Sobre el escritorio
reposa la fotografía de mi útero descolgado,
amasijo que tan poco dice
de la tenencia y de sus fibras.

He procurado permanecer cada tarde frente a la imagen,
convencerme de que ese bocado sacrificial
estuvo alguna vez atenazado en mi vientre.
Que su superficie lisa y brillante
se escurrió de mí en apenas un par de horas de quirófano.
Que en adelante será mansedumbre.

Aún siento mordimientos en el abdomen,
cansancio al retroceder.

Es difícil arremeter contra ciertos desenlaces:
las heridas no son diques,
no acunan,
no revierten.

Quizá reproduzca la imagen en una postal barnizada
y la obsequie a los amigos.
En su dorso escribiré:
«cuerpo uterino piriforme de 7 x 6 centímetros,
en el cual se diagnosticó fibromatosis,
adenomiosis y endometrio proliferativo,
extraído de Jacqueline Goldberg
el martes 21 de febrero del año 2006».

Que se vea.
Se admire.

Se abomine.

Me importa su cumplimiento de rastrojo.

Retrato primordial,
procedencia sin fin.
Mis viejas fauces.

El lugar de la última dificultad

( )

Quedan aún imágenes. Aquellas que a nadie dispensé. Las de la infidencia.
Retratos. Míos. Sin importancia.

Primer retrato: Estoy en una olla enorme. Tengo un año. La fijación de la infancia.

Segundo retrato: Estoy en un balcón en Miami Beach. Tengo doce años. En un apartamento más abajo se ve a un hombre en silla de ruedas. Isaac Bashevis Singer. El escritor. No sabía entonces que también yo escribiría.

Tercer retrato: Estoy en el callejón Marguerite Duras en Trouville. Tengo muchos años ya. Suficientes para los acaboses.

Cuarto retrato: Estoy en el puente Mirabeau, en París. Han acabado los amargores del hallazgo.

Quinto retrato: Mi útero recién extirpado. Tengo más años aún. Recrudezco.

( )

Se trata de explicar.
Continuar.

Has venido a este libro, Jacqueline Goldberg, para el reproche y la ceguera.
Has venido al lugar del desafuero. Donde se dispersa el deseo.

Te irás del libro sin paciencia.
Comenzarás otro. Luego. Quizá no.
Más hijos no habrá. Sentencias no habrá.
Si acaso el fin de la escritura.
Como el fin del mundo. Sin atributos.

Agradecida con mis compañeros de viaje:

Mis padres, Elsa y Raphael
Hernán Zamora
Santiago Zamora
Eleonora Requena
Luis Moreno Villamediana
Lorena Bou Linhares
Alexis Romero
Abelardo Sánchez León
Magaly Villalobos
Isaac Benjamín

Índice

Jacqueline Goldberg

POSTALES NEGRAS

Se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2011
en los talleres de Editorial Exlibris.
Caracas-Venezuela

Lavs Deo